

tantes, no sólo para levantar el guarro y conducirlo hasta el cazador, sino también de la pujanza suficiente para sujetarlo, caso que suele llegar con frecuencia suma en la caza de esta res.

A lo que he dicho al principio, de que el jabalí espera en la cama la llegada de los perros y muchas veces resiste que éstos le den de parada largo rato, añadiré sólo que huye de la luz, que busca los sitios húmedos y cenagosos, y que la propensión de su carrera es siempre á lo más montuoso del terreno, prefiriendo subir á bajar; pudiendo afirmarse que guarro que sale de buenas, ó aorable, como también dicen las escopetas negras, forzosamente ha de tirarse en los portillos; y, por último, que le es muy difícil sustraerse de la persecución de los perros por el olor fuerte y acre que despide y marca perfectamente la pista.—

Gracias al ingeniero, al Marqués y á Ruiz, que sin fiarse de las alforjas generales, llevaban siempre algunas provisiones particulares en sus bolsas de caza, pudimos tomar todos el bocadillo, saliendo á muslo de perdiz, ó presa de conejo, onza de pan y seis pasas por barba: ninguno se había acordado de pedir á Trillo las alforjas, que por las noches deja henchidas con el almuerzo. Santos llevaba de todo, é hizo prodigios; pero no pudo llegar hasta el milagro de la multiplicación de los panes y de los conejos: al ingeniero no le parecía equitativo que todos almorzáramos de la provisión de unos pocos y que los advertidos sufrieran igual ayuno que los desmemoriados.

—¿Es esta la igualdad ante la ley, señor demócrata?—me preguntaba.

Sin embargo, la satisfacción por el resultado del primer ojeo los embargaba, y las grandes alegrías lo llenan todo, hasta el estómago. Son muchas las gentes que cuando están muy contentas no tienen ganas de comer. Además, la bota no se había olvidado.

Resultado del primer ojeo:

Ciervo estaquero (1) muerto por Dios de un balazo en el pecho. Lo mató en la cuerda antes de empezar el ojeo.

Cierva derribada por D. Francisco Sauco de un balazo en la paletilla.

Jabalí grande, muerto por el Marqués y por Ruiz Martínez de un balazo en el vientre y otro por debajo de las paletillas. Tenía en la cabeza el balazo de remate dado por Ruiz Martínez.

(1) De un año cumplido y que le empiezan á salir los cuernos.

III

A las dos de la tarde, D. Saturnino y sus tenientes nos colocaban para el segundo ojeo, á media legua del monte batido anteriormente. Pocho, el de Piedrabuena, me mandó quedar en la cuerda con el poeta Sierra. Estábamos perfectamente ocultos entre las matas, en la cima de una ladera colosal, dominando un anchísimo y extenso valle, atravesado por su mitad y en toda su longitud por el Guadiana, cuya corriente salpicaban de fúlgidas manchas los reflejos del Sol. La contemplación de aquel magnífico valle trajo á mi memoria el de Vad-Ras, con el cual tiene mucha semejanza. Este se llama, no sé por qué, *Urnas del Encinarejo*.

En el valle hay profusión de árboles, no sólo sombreando las márgenes del río, sino en agradables sotos. Por la espalda y por los costados sólo vemos océanos de montuosa hojarasca, que forman primero leves ondulaciones, y su curvatura crece con la distancia, hasta cerrarnos el horizonte olas gigantes; las montañas de enfrente están, unas, llenas de arbolado, que forma ordenadas columnas, cuyos claros terrizos se distinguen muy bien; otras rozadas, varias muy espesas de monte, cual pelada y riscalosa, ésta con grandes calvas pedrizas y el tinte rojizo del brezo, la de más allá del color pardo que producen las marañas de chaparros y de madroñeras, y la última del matiz rubio de la coscoja.

En la solana que se iba á batir, en cuya cuerda estábamos nosotros, era probable que hubiera jabalíes con la codicia de bajar de noche al río á hozar al pie de los árboles. Aquella ladera, bastante empinada y formando anfiteatro, estaba toda cubierta de áspero ramaje, que ocultaba por completo á los ojeadores, cuyas voces comenzamos á percibir lejanas al cuarto de hora de situarnos en el puesto.

—Me da mala espina,—dijo Sierra,—estar oyendo cencerros de ganado vacuno abajo junto al río.

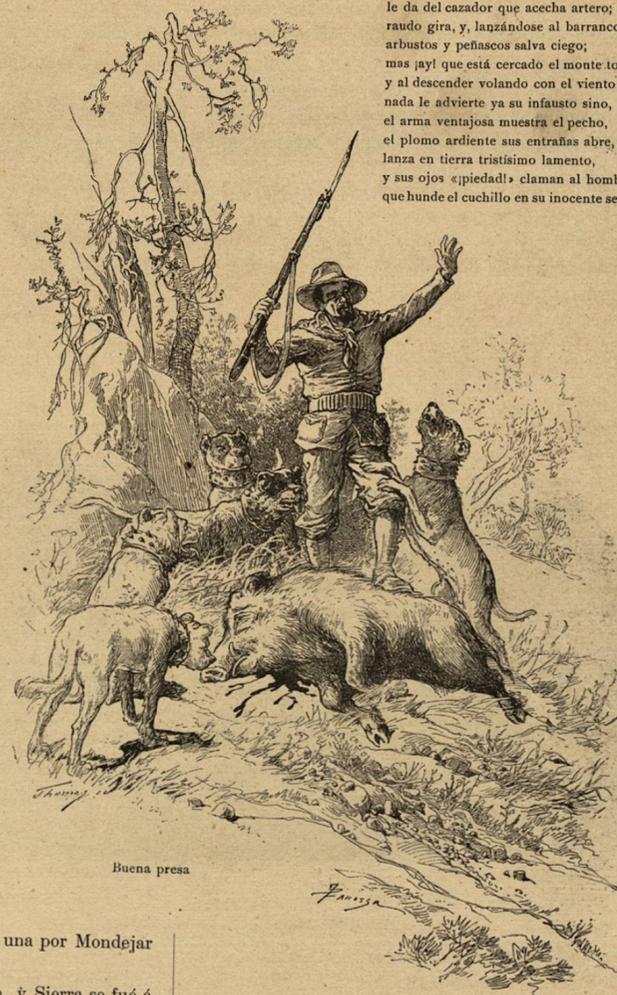
Pasó un rato. Los gritos de los ojeadores los escuchábamos más cercanos, y á poco latidos de podencos, y después dos tiros, y luego uno, y otro en seguida, y otro, y un minuto más tarde el ruido seó y salvaje de un cuerpo que subía hendiendo el monte, y como estela de ese ruido el ladrar incesante de diez ó doce perros ocultos por la maleza. Como no tenía jun-

to á mí á Sauco, me incorporé, y nadando con una velocidad espantosa entre aquellos espesos matorrales, con las narices dilatadas, atrás la alta y arbórea cornamenta y los grandes ojos como carbúnculos, vi un hermoso ciervo que se dirigía tendido y gallardo hacia nosotros, en dirección oblicua, anhelante de abordar la cumbre. Al verme, cambió de dirección y pasó paralelo al puesto. Sierra hizo fuego; el animal dió un salto espantoso, estirando mucho las patas y encorvando el cuerpo en el aire, cayendo luego sobre el cuarto trasero y quedando inmóvil, bramando de una manera desgarradora. Sierra se dirigió á él con el cuchillo de monte en la mano; seguí detrás; pero á los pocos pasos retrocedí. Los ojos de aquel animal imploraban clemencia, y yo creí notar que de ellos se desprendían dos gruesas lágrimas. Repito que retrocedí espantado, como si aquello fuera un crimen, y miré con horror á mi compañero, cuando volvió con el cuchillo teñido de sangre, echando á los perros, que sin duda querían devorar el cadáver de su enemigo. El ojeador de punta llegó á donde estábamos nosotros, y nos dijo que habían salido cinco ó seis reses y que otras dos quedaban muertas atrás, una por Mondejar y otra por Camacho.

Los ojeadores siguieron adelante, y Sierra se fué á llamar á los bagajeros para que vinieran con una acémila á recoger el venado: yo, en el cuarto de hora que permanecí solo en el puesto, decidido á no hacer uso de la escopeta que me dejó allí mi amigo, aunque se me presentara una manada de corzos, escribí, en son de protesta del espectáculo que acababa de afigirme, la siguiente composición:

LA MUERTE DEL CIERVO

En su escondida cama de lentisco
lo despiertan las trompas del ojeo;
salta, y veloz, tronchando los jarales,
la cumbre gana del fragoso cerro;
en la abierta nariz, el aire, aviso



Buena presa

le da del cazador que acecha artero;
raudo gira, y lanzándose al barranco,
arbustos y peñascos salva ciego;
mas ¡ay! que está cercado el monte todo,
y al descender volando con el viento
nada le advierte ya su infausto sino,
el arma ventajosa muestra el pecho,
el plomo ardiente sus entrañas abre,
lanza en tierra tristísimo lamento,
y sus ojos «¡piedad!» claman al hombre,
que hunde el cuchillo en su inocente seno.

Mientras escribía este cuadrito venatorio, sonaron á mi izquierda tres ó cuatro tiros; los cazadores de la derecha se fueron replegando hacia mi puesto y se reían como unos bienaventurados cuando yo les contaba mis impresiones y les leía los versos.

—Nada, nada,—me dijo el Sr. Sauco;—no hay tales ojos tristes, ni suplicantes, ni lacrimosos. Cuando se acerca el cazador al venado herido, lo primero que éste intenta es levantarse para huir. Si no puede hacerlo, se mueve todo cuanto le es dable, y especialmente meneaba la cabeza, no con ánimo de herir, sino de escapar. Cuando se degüella un venado, no en el acto

de hacerlo, sino á medida que va perdiendo sangre, se le van enturbiando los ojos, que concluyen por vidriarse. Suele acontecer alguna vez que, al introducir el cuchillo en la garganta del ciervo, éste da uno ó más bramidos, y á veces se levanta, cayendo en seguida; esto es raro, pero sucede. Lo que sí acontece siem-

pre, es que cuando se les acierta con la bala corren doscientos ó más pasos, se paran y se miran primero la herida y luego al sitio de donde partió el disparo.⁽¹⁾

(1) *En los montes de la Mancha*, por José Navarrete, página 106.



CAPITULO XV

EXCURSIÓN VENATORIA EN MARRUECOS

I



ABIENDO nuestro huésped que éramos cazadores, después de dedicar algunos días al descanso preparó en nuestro obsequio una batida.

Venían con nosotros treinta jinetes, otros tantos moros á pie y una trailla de mastines del Atlas, que son soberbios por lo sufridos y valientes.

Reunidos todos, bajamos á la vega, donde el agua llovediza había formado una extensa laguna sembrada de islitas cubiertas de zarzas y cañas.

Los jinetes nos escalonamos con los perros en torno de la laguna, y los de á pie fueron á las islitas de que he hablado y pusieron fuego á las malezas que las cubrían.

Los jabalíes que se refugian de día en aquellas guaridas, asustados por las llamas y ciegos por el humo, se arrojaron á nadó, y atravesando la laguna desembarcaron en la vega.

Entonces empezó una cacería imposible de describir, y de la que nadie podrá formarse una idea sino asistiendo á ella.

Tomo III.—Caza mayor y menor

Revueltos con los jabalíes, habían salido hienas, zorros y chacales, y tras de todos corríamos y á todos perseguían los perros aullando, ladrando, mordiendo y formando un concierto atronador.

Los gritos de los hombres, los relinchos de los caballos, los ladridos de los perros, el rugido de las fieras y los disparos de las espingardas, formaban un conjunto tan extraño y horrible al mismo tiempo, que el que de lejos nos hubiera visto y oído nos tendría por una legión de demonios salidos del lago para invadir la tierra.

Después de haber derribado un jabato y una hiena, me dirigí á galope contra un corpulento jabalí, que, perseguido por cuatro mastines, huía de ellos con dificultad. Animados los perros con mis gritos, redoblaron sus esfuerzos, llegando el más ligero á morderle en la grupa. La fiera se volvió entonces enfurecida, y arrojándose sobre los perros mató á uno de ellos é hirió á los demás, partiendo en seguida hacia mí con la rapidez de la flecha.

Comprendiendo el peligro que corría, quise detener mi montura, pero antes de poder lograrlo ya estaba sobre mí el jabalí. El caballo se encabritó resoplando, y yo disparé mi espingarda, pero el empuje de la fiera fué tal, que mi caballo, herido por el jabalí, cayó rodando por el suelo, arrastrándome en la caída. Al-

38